

MICHAEL J. SANDEL (2007), *THE CASE AGAINST PERFECTION. ETHICS IN THE AGE OF GENETIC ENGINEERING*, CAMBRIDGE/ LONDRES, ESTADOS UNIDOS/REINO UNIDO, THE BELKNAP PRESS OF HARVARD UNIVERSITY PRESS, 162 PP.

LA ASPIRACIÓN PROMETEA Y LA ÉTICA DE LO DADO

Los avances actuales, pero sobre todo posibles de la ingeniería genética, nos colocan frente a problemas morales de difícil solución. La otra cara de la moneda de la —en general— bienvenida promesa que acompaña a estos avances (la posibilidad de prevenir y tratar muchas enfermedades devastadoras) es el predicamento de que el nuevo conocimiento genético nos permitirá manipular nuestra propia naturaleza mediante formas de *enhancement*: mejorar nuestras capacidades físicas y cognitivas, elegir el sexo, altura y las características genéticas de nuestros niños, etcétera. La filosofía, y en especial la ética, no han permanecido ajenas a estas controversias. En los últimos años se han multiplicado los debates acerca de la permisibilidad —y/o obligatoriedad— moral de formas de *enhancement*. En estos debates encontramos el esquema completo de posiciones. Mientras que algunos autores defienden posiciones abiertamente favorables (Agar, 2004; y Harris, 2007), y otros defienden posiciones moderadas (Glover, 2006), son muchos los que sostienen posiciones eminentemente críticas.

El libro de Michael Sandel se enmarca claramente en esta última línea. Su decidida aspiración es fundamentar un caso contra la ingenie-

ría y mejoramiento de la naturaleza humana. Pero ¿en qué sentido —si es que en alguno— es el *enhancement* moralmente incorrecto? El autor reconoce que la articulación de su incomodidad no es una tarea fácil (o nuestra incomodidad —el autor prefiere el uso del plural a lo largo de su libro—). El vocabulario moral usual en las sociedades liberales no otorgaría las herramientas necesarias para poder responder a las cuestiones presentadas por la ética del *enhancement* (*ethics of enhancement*). Los argumentos filosóficos usuales, que refieren, por ejemplo, a la (in)seguridad de las técnicas involucradas, o a los problemas relativos a la justicia, o a la creación de una sociedad con dos clases de seres humanos, o a la restricción de la autonomía de aquellos cuya naturaleza ha sido modificada, etcétera, no serían suficientemente profundos: siempre es posible imaginar escenarios en los cuales estos argumentos no aplican. Las tecnologías del *enhancement* podrían llegar a ser seguras, o el acceso a éstas podría estar garantizado, o las formas del *enhancement* podrían ser concebidas de tal modo que no restringiesen la autonomía individual, etcétera. Por lo tanto, para examinar qué razones tendríamos para rechazar el *enhancement*, en vez de recurrir a este tipo de argumentos:

[...] necesitamos enfrentar cuestiones que hace ya mucho tiempo se han perdido de vista en el mundo moderno —cuestiones acerca del estatus moral de la naturaleza, y acerca de la postura apropiada de los seres humanos hacia el mundo dado. (p. 9)

En consonancia con esta idea, el autor articula dos tipos de argumentos interconectados entre sí y en ocasiones difíciles de diferenciar —el segundo y más profundo de estos argumentos apuntalando al primero.

El primer tipo de argumentos es reminiscente de las posiciones comunitarias tan discutidas en la década de 1980. (No es casual que Sandel con su libro *Liberalism and the Limits of Justice*, 1982, llegó a ser uno de los representantes más influyentes de esta corriente de pensamiento.) Este tipo de argumentos refiere a la suerte que sufrirían diferentes tipos de *bienes humanos* que están encarnados en determinadas prácticas sociales si el *enhancement* llegara a ser una práctica social regular. Por ejemplo: lo que apreciamos y admiramos en el deporte, o en otras actividades como el hacer música o el cantar en la ópera, es la excelencia de su actor

o ejecutor —dicho de otro modo, la celebración de los talentos y dones naturales—. Si la actuación o ejecución pudiese ser retrotraída a formas de *enhancement*, entonces perderíamos el objeto de la apreciación (o, de acuerdo con Sandel, el objeto se desplazaría desde el actor a su farmacéutico): si todos los jugadores están *enhanced*, entonces se pierde la esencia del juego. Sandel reconoce que la forma particular del *enhancement* —sea ésta el consumo de fármacos, la utilización de determinados avances tecnológicos o de equipamiento, o la modificación genética— no juega un papel moral principal en la argumentación. Para determinar si una nueva tecnología puede ser aceptada, hay que identificar la naturaleza de la actividad e investigar si la tecnología en particular “culmina u oscurece los talentos y las habilidades que distinguen a los mejores jugadores” (p. 37). O considere la paternidad (*parenting*), un asunto que Sandel trata en extenso: el bien humano particular encarnado en la relación de los padres hacia sus hijos es el amor incondicional y la disposición abierta hacia lo inesperado. Si los padres pudiesen determinar las habilidades y características de sus hijos, entonces este bien estaría en peligro —el amor sería condicional en ciertos logros o características de éstos—. Ciertamente, y en forma similar al caso antes mencionado, el autor no restringe la validez de este argumento a determinadas formas del *enhancement*. Por el contrario, él reconoce que, en un cierto sentido, el *enhancement* no se distingue de otras prácticas en la actualidad ampliamente difundidas en los Estados Unidos, como el *hyperparenting* y la sobre exigencia de los niños para que satisfagan las altas expectativas de sus padres. Sin embargo, de acuerdo con Sandel, esta similitud no constituiría un argumento para aceptar la supuesta autoridad de los padres para llevar a cabo formas del *enhancement* en sus hijos, sino que, por el contrario, constituiría un argumento para criticar la sobre exigencia de los niños y el foco de la sociedad en la competencia y el rendimiento. O considere, por último, otro bien humano que estaría en peligro, aunque Sandel admite el carácter más especulativo de esta argumentación: si el *enhancement* fuese una práctica social común, sería mucho más difícil generar los sentimientos que requiere la práctica de la solidaridad social. Si cada cual pudiese determinar sus capacidades mediante formas del *enhancement*, entonces el grado en que los individuos serían considerados como responsables por sus logros y fracasos aumentaría de un modo asfixian-

te hasta tornar la solidaridad social imposible: los perdedores serían siempre responsables por no estar suficientemente *enhanced*. La meritocracia sería completa.

Es difícil darle un sentido nítido a los argumentos de Sandel. Aunque el libro está estructurado y escrito de un modo simple y no requiere de conocimientos previos, la articulación de los argumentos es a menudo confusa. En todo caso, este primer tipo de argumentos no debe ser malentendido: el autor rechaza abiertamente que estos argumentos tengan un carácter consecuencialista (es decir, que el *enhancement* sería criticable por las consecuencias destructoras que tendría en determinadas prácticas sociales —como las recién mencionadas— que, por alguna razón independiente apreciamos y, por tanto, no desearíamos ver deformadas). En lugar de esta interpretación, el autor sostiene un argumento genuinamente comunitario: el *enhancement* sería criticable porque atentaría contra el sentido socialmente construido de determinados bienes humanos: por ejemplo, la práctica social de la relación de los padres hacia sus hijos se *constituiría* por el amor incondicional. De este modo, el *enhancement* estaría fuera —utilizando el concepto acuñado por Michel Walzer (1983), otro autor comunitario— de la esfera de esta práctica social. El problema con este tipo de argumentación es que adolece de las dificultades ya conocidas de los argumentos comunitarios: apelar al significado social de diferentes bienes humanos, para así articular una crítica contra formas del *enhancement*, constituiría un argumento sólo para aquellos que aceptan el significado afirmado por Sandel de estos bienes humanos y aceptan su prioridad absoluta por encima de otros. Como cualquier estudio sociológico o histórico deja en claro, este no es necesariamente el caso (y el permanente y sugerente uso de la primera persona plural que Sandel prefiere al dar cuenta de *nuestra* incomodidad respecto al *enhancement*, o de lo que apreciamos en el deporte, por ejemplo, tampoco modifica esta situación).

Es el segundo tipo de argumentos articulado por Sandel el que soporta al recién discutido. De acuerdo con éste, que constituye el núcleo argumentativo del libro, lo que sería moralmente incorrecto con el *enhancement* es el impulso de dominio (*drive to mastery*). Este argumento es presentado de dos modos diferentes. Por una parte, y en estrecha relación con el tipo de argumentos discutidos en la sección anterior, lo que parece estar en cuestión es una crítica social. En este sentido, Sandel refiere a la pre-

sión en nuestras sociedades extremadamente competitivas para que mejoremos nuestro rendimiento, también mediante el perfeccionamiento de nuestra naturaleza y afirma que la “más profunda fuente de la preocupación moral con el *enhancement* [es] [e]sta demanda por el desempeño y la perfección” (p. 61). Este argumento tiene un cierto mérito —que ciertamente no se deja restringir al caso del *enhancement*—. Sin embargo, el argumento central de este libro contra el *enhancement*, no se deja reducir a una crítica social. Por encima de ésta, y mucho más importante, lo moralmente incorrecto con el *drive to mastery*, que yacería a la base del *enhancement*, sería el bien conocido tema de la aspiración Prometea para —en este caso— rehacer la naturaleza humana. De acuerdo con el mito griego, el titán Prometeo robó el fuego a los dioses para entregárselo a los mortales. Zeus, sintiéndose desafiado, lo encadenó a una roca y ordenó que un águila le devorase cada día el hígado que le volvía a crecer durante la noche. El tema de fondo es la *hybris*, esto es: la soberbia de desafiar a los dioses. Según Sandel, en lugar de guiarnos por este impulso de dominio deberíamos reconocer “el carácter de la vida en cuanto dada” (*giftedness of life*) —y “sentir su relevancia moral” (*feel its moral weight*) (p. 95)—. Esto quiere decir: aceptar lo dado, el regalo de la vida, y basado en una obligación de gratitud rechazar las tecnologías del *enhancement*. Sin embargo, la pregunta urgente que se plantea respecto de esta argumentación es: ¿por qué deberíamos hacer esto? Sandel admite que este tipo de argumentos son fronterizos con la teología, pero piensa que también pueden aceptarse estos argumentos aunque no tengamos ningún tipo de sensibilidad religiosa. Para esto, nosotros sólo tenemos que reconocer que nuestros talentos son facultades que exceden nuestro control, independientemente de si tenemos que agradecer por éstas a la naturaleza, a la fortuna o a Dios (p. 93). El problema con este punto crucial para el argumento del libro de Sandel es evidente: aunque este reconocimiento es claramente posible sin creer en un Dios particular, o sin tener inclinaciones espirituales de ningún tipo, la aceptación de su supuesta *relevancia moral* no funciona sin tener una entidad frente a la cual estemos obligados mediante la gratitud. Si pensamos que nuestros talentos son en buena medida el resultado de la fortuna o de la lotería de la naturaleza —como lo sostiene, por ejemplo, John Rawls y el conjunto completo de los autores liberales igualitarios—, no tenemos

ninguna razón para estar o sentirnos agradecidos por éstos y así no modificarlos mediante formas del *enhancement*. En vez de esto, tenemos todo tipo de razones para sentirnos afortunados; lo cual no implica que debamos reconocer la supuesta relevancia moral de lo dado y de este modo, mediante una obligación de gratitud, rechazar cualquier forma del *enhancement*, como Sandel afirma. La así denominada ética de lo dado (*ethics of giftedness*) puede fundar un caso contra el mejoramiento de la naturaleza humana mediante formas del *enhancement* sólo bajo la suposición de que —como en el caso de Prometeo— hay un Dios o alguna entidad sagrada frente a la cual somos responsables de lo que nos ha dado (e incluso en caso que lo hubiese, no debiésemos desatender la reclamación de Prometeo: “Contemplad qué injusticia comete un Dios cruel e injusto”). Pero en sociedades pluralistas, éste no puede ser considerado como un argumento válido. Si bien Sandel se enfrenta seriamente a las dificultades del debate, contra sus pretensiones, sus argumentos no pueden fundar un caso contra el *enhancement*.

BIBLIOGRAFÍA

- Agar, Nicholas (2004), *Liberal Eugenies: in Defence of Human Enhancement*, Malden, Estados Unidos, Blackwell Publishing.
- Glover, Jonathan (2006), *Choosing Children*, Oxford, Reino Unido, Oxford University Press.
- Harris, John (2007), *Enhancing Evolution: the Ethical Case for Making Better People*, Princeton, Estados Unidos, Princeton University Press.
- Sandel, Michael J. (1998), *Liberalism and the Limits of Justice*, Cambridge, Estados Unidos, Cambridge University Press.
- Walzer, Michael (1983), *Spheres of Justice: A Defense of Pluralism and Equality*, Oxford, Reino Unido, Basic Books.

DANIEL LOEWE*

D. R. © Daniel Loewe, México D.F., enero-junio, 2010.

* Profesor en la Escuela de Gobierno, Universidad Adolfo Ibañez, Chile, daniel.loewe@uai.cl